

Jesús Antonio Cid (ed.), *Primeras noticias y colecciones de romances en el s. XIX*, Madrid (Fundación Ramón Menéndez Pidal), 1999, xvi + 247 págs. (= *Silva Asturiana: Romancero General del Principado*, tomo I).

Juan Menéndez Pidal, *El Romancero asturiano de Juan Menéndez Pidal: La colección de 1885 y su compilador*, ed. y estudio de Jesús Antonio Cid, Madrid (Fundación Ramón Menéndez Pidal), 2003, 158 + xvi + 360 + 4 págs. (= *Silva Asturiana: Romancero General del Principado*, tomo II).

Jesús Suárez López, *Nueva colección de romances (1987-1994)*, con la colaboración de Mariola Carbajal Álvarez; transcripciones musicales de Susana Asensio Llamas, Madrid-Oviedo (Fundación Ramón Menéndez Pidal - Real Instituto de Estudios Asturianos), 1997, 815 págs. (= *Silva Asturiana: Romancero General del Principado*, tomo VI).

Con estos tres elegantes tomos, se estrena la serie *Silva Asturiana*, editada por Diego Catalán, Jesús Antonio Cid y Jesús Suárez López, con tres contribuciones fundamentales, no sólo para el estudio del Romancero en Asturias, sino también del Romancero pan-ibérico y, por extensión, de la balada pan-europea. Trátase de tres tomos, que de ahora en adelante serán de consulta obligatoria para cualquier persona que se interese por el Romancero y sus múltiples problemas críticos, en una perspectiva pan-hispánica, internacional y multilingüe.

En el tomo I, Jesús Antonio Cid ha facilitado incalculablemente nuestros futuros trabajos, al reunir y editar, con la erudición y el exquisito cuidado a que ya nos tiene acostumbrados, la documentación más antigua del Romancero asturiano, dispersa en revistas de ubicación tan diversa como Berlín, Upsala y varias localidades en España. Súmanse a estas colecciones fundamentales las contribuciones de Pedro José Pidal (1849), José Amador de los Ríos (1860-c. 1865), Eugenio Olavarría (1886) y Åke W. Munthe (1886), entre otros colectores, más todos los reportajes decimonónicos sobre el Romancero en Asturias, incluyendo preciosos datos sobre *La danza prima*, de importancia fundamental para la reconstrucción de una etapa primitiva y poco documentada del desarrollo del Romancero, cuando, como en otras varias localidades europeas, la balada fue acompañada por el baile. (Nótese, en este caso, el espectacular descubrimiento, en fecha muy reciente, debido a los trabajos de campo de Maximiano Trapero, de una sola comunidad canaria –en la isla de La Gomera– donde el Romancero bailado ha sobrevivido, y con vigorosa salud, hasta hoy en día). En el presente tomo, Jesús Antonio

Cid edita de nuevo todas las colecciones referidas, traduce del sueco al castellano la contribución de Munthe, y, siempre que es posible, tiene en cuenta sistemáticamente las variantes de copias manuscritas y notas marginales inéditas que corrigen o suplementan las versiones impresas (por ejemplo, págs. 91, 94, 100, 101-102, etc.).

Los romances aquí publicados representan como una primera tentativa de sondear una riquísima tradición y una de las tradiciones más arcaicas de todo el Romancero hispánico. En estas colecciones se incluyen ya algunos preciosos temas bastante raros y excepcionales: por ejemplo, *Muerte del Maestro de Santiago*, *Flérida y don Duardos*, *Muerte ocultada*, *Soldados forzadores* y *Grifos Lombardo*, pero también abundan, claro está, los temas comunísimos, como *Gerineldo + Conde Sol*, *Delgadina*, e *Hilo de oro*—de ninguna forma despreciables, por figurar al por mayor en todas las colecciones ulteriores, y aun así utilísimos por razones comparativas—. Pero a mediados y finales del siglo XIX aún faltaban muchos años para que las masivas encuestas iniciadas por el Archivo Menéndez Pidal y sus equipos, y por otros encuestadores también, nos demostraran la existencia de unos temas rarísimos y previamente desconocidos y nos advirtieran en detalle acerca de cómo y dónde se podrían buscar.

En 1986 el Seminario Menéndez Pidal publicó una edición facsimilar de Juan Menéndez Pidal, *Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos...* (Madrid: Hijos de J. A. García, 1885), ya a cargo de Jesús Antonio Cid. El exhaustivo estudio preliminar y el destacado aparato crítico que ahora acompañan esta nueva edición justifican —y con creces— el que la antigua colección se vuelva a publicar como tomo II de la *Silva Asturiana*. He aquí los componentes más significativos del aparato crítico que nos brinda Jesús Antonio Cid: (a) I. Polémica entre Clarín y J. M. P. sobre el «Folklore»; II. Trayectoria y caracterización de la erudición de J. M. P.; III. Bio-bibliografía de J. M. P.; IV. Formación del Romancero asturiano de J. M. P.; (b) I. La presente edición; II. Lectura de los manuscritos originales; III. Adiciones y correcciones de Juan Menéndez Pidal.

Con la obra que ahora se reedita, Juan Menéndez Pidal echó una redada mucho más amplia que la de sus antecesores romancísticos. Estamos ante una sonda de gran alcance en el Romancero asturiano, casi un siglo antes de las sistemáticas encuestas del siglo XX. Ya en 1843, João Baptista de Almeida Garrett empieza a publicar, en su *Romanceiro* —muy retocados y añadidos, por cierto, de acuerdo con criterios románticos— los romances que recogió de cantoras de Beira Baixa, Minho y Trás-os-Montes y, en 1853, Manuel Milà i Fontanals dará a conocer sus

*Observaciones sobre la poesía popular*, que luego se ampliarán grandemente en el *Romancerillo catalán* (1882); pero para el centro de la Península, las 90 versiones asturianas de esta *Colección de los viejos romances* de Juan Menéndez Pidal constituyen la primera publicación amplia y sustanciosa, una colección que coloca la tradición asturiana al lado de los espectaculares testimonios de Portugal y Catalunya, al afirmar definitivamente y anticipar el masivo redescubrimiento del Romancero de tradición oral en los siglos XIX y XX. Aquí, aparte de variantes asturianas de muchos romances de distribución pan-hispánica, también nos encontramos con romances raros y arcaicos, como *Infancia de Gaiferos*, *Esposa de don García e Hija de la viudina* (*Soldados forzadores*), en los que la tradición asturiana justifica plenamente su calificación de área lateral y arcaizante y se pone al mismo nivel que los sefardíes, los gallegos, los trasmontanos, los gitanos andaluces y los canarios, azorianos y madeirenses, por habernos salvado para el futuro un precioso repertorio romancístico, que, en muchos casos, remonta a sus meros orígenes en la Edad Media. Jesús Antonio Cid merece los mayores encomios. Ha hecho un espléndido trabajo al volver a hacer asequible una colección clave para el estudio del Romancero.

En el tomo VI de la *Silva*, Jesús Suárez López publica una abundante selección de las 1.339 versiones de 150 temas narrativos recogidas (grabadas en cintas magnetofónicas) en 197 núcleos de población, pertenecientes a 44 concejos asturianos, durante seis años de encuestas intensivas (1987-1992). Constituye todo esto una auténtica hazaña de trabajo antropológico y de erudición filológica, y no puede por menos de suscitar la profunda y entusiasmada admiración de todos los que hemos estudiado el Romancero y los que nos hemos extenuado, andando por pequeñas aldeas y grandes ciudades, en busca de sus preciosas supervivencias, ahora, por desgracia, cada día más vestigiales y tenues. En el presente tomo, Jesús Suárez López edita, con todo rigor, unas 700 versiones de 114 temas narrativos distintos. A menudo sigue faltando, en nuestros romanceros, el crucial testimonio musical, pero no en el presente caso: el tomo también incluye 85 páginas de transcripciones musicales y comentarios, a cargo de Susana Asensio Llamas (págs. 679-764). El extenso aparato del tomo concluye con indispensables índices de temas, de primeros versos, y de lugares e informantes, más el índice general (págs. 765-813). Tras las 37 páginas del estudio preliminar (págs. 9-46), Jesús Suárez López publica 30 preciosas fotografías (págs. 47-86), todas en color, de sus informantes, a cargo del autor y de Mariola Carbajal, fotografías que a menudo captan el mismo contexto y el mero proceso de la recolección de un romance. Aquí no

se trata de deshumanizadas fotos «de pasaporte», a las que a veces se reduce nuestra documentación fotográfica. Estas fotografías son brillantes y me atrevo a intuir que han de reflejar la verdadera admiración, respeto, simpatía y ¡vaya! cariño con que Jesús Suárez López se ha acercado a sus informantes; perspectivas y sentimientos, a mi ver, indispensables para el éxito cabal de cualquier trabajo de campo. Tanto Jesús como Mariola merecen nuestro sincero agradecimiento por estas espléndidas fotos como un componente crucial del libro.

Entre 1980 y 1990 ya sabíamos muchísimo más acerca del Romancero de lo que sabía Juan Menéndez Pidal a mediados y finales del siglo XIX —con todo lo importantísimo que sigue siendo su *Colección de los viejos romances*—. Tales conocimientos se reflejan en muchos aspectos de la *Nueva colección* de Jesús Suárez. No el menos importante es encontrarnos aquí con romances de origen medieval, que siguen siendo muy raros —o bien rarísimos— en nuestros romanceros: *Lanzarote y el ciervo del pie blanco*, *Durandarte y Belerma*, *Caza de Celinos*, *Infancia de Gaíferos*, *Conde Claros preso*, *Veneno de Moriana* y *Esposa de don García*... (Sobre la rareza de *Lanzarote y el ciervo*, véase, por ejemplo, Diego Catalán, *El Romance-ro hoy: Nuevas fronteras*, págs. 229-232). Otra delicia de la presente colección es la documentación suplementaria de romances de origen medieval, ya muy bien y abundantemente conocidos, que aquí se nos ofrece en múltiples versiones adicionales: *El moro que reta a Valencia*, de temática cidiana; *Belardo y Valdovinos*, supervivencia hispánica de *La Chanson des Saisnes*; o bien *La muerte del príncipe don Juan*, el romance paradigmático del redescubrimiento de la tradición oral. Otros romances, que aquí constan, son cruciales para el estudio comparativo del Romancero y las baladas extra-hispánicas, como, por ejemplo, dos temas muy raros: *La nodriza del infante* y *El ciego raptor*. Otra virtud más de esta preciosa colección es la yuxtaposición de múltiples versiones de romances muy bien conocidos: las 13 versiones de *Rico Franco*, las 17 de *Gerineldo* o las 21 de *Delgadina*, o bien las 32 de *Conde Claros en hábito de fraile*, que acabo de utilizar en un estudio monográfico sobre el tema. Semejante riqueza de textos ha de ser utilísima para futuras investigaciones comparativas.

Jesús Antonio Cid y Jesús Suárez López, junto con Diego Catalán como editor de la serie, merecen el más cordial y más entusiasmado agradecimiento por la publicación de estos hermosos y utilísimos tomos, y por ello me felicito, junto con todos los que nos ocupamos del estudio del Romancero tradicional.

SAMUEL G. ARMISTEAD